

Los más comunes secretos. Vida y escritura en el último Foucault

Julieta Yelin

Instituto de Estudios Críticos en Humanidades
(UNR - CONICET)

En el prólogo que Michel Foucault escribió en 1977 para el proyecto *La vida de los hombres infames*, un libro que nunca llegó a publicarse,¹ hay un giro crítico inesperado, sobre todo si se lo considera en el marco de su trabajo de la década del setenta. Por entonces, llevaba ya unos años sin dedicarse a la literatura y estaba embarcado en una tarea ambiciosa: la conceptualización del biopoder como esa “gran tecnología de doble faz” (Foucault *Historia* 189) capaz de abarcar e invadir las dos dimensiones de la vida: el organismo, con sus mecanismos específicos —campo de la anatomopolítica—, y la biología, con sus procesos globales —esfera de la biopolítica— (Garcés “La vida” 89). Esas investigaciones, enfocadas en una analítica del poder, darían sin embargo lugar en sus últimos seminarios —y en este movimiento se puede reconocer el sentido y la importancia del texto en el que nos detendremos aquí— a nuevas aproximaciones a la noción de vida, más ligadas a las ideas de resistencia, error y alteridad que a las regulaciones y constricciones de los biopoderes.

Lo cierto es que en los trabajos de los setenta la literatura había quedado fuera de su ángulo de visión; todos aquellos artículos, conferencias o pasajes interpretativos acerca de, entre otras, las obras de Racine (*Folie et déraison. Histoire de la folie à l'âge classique*, 1961), Jean-Claude Brisset (“Le cycle des grenouilles”, 1962), Raymond Roussel (*Raymond Roussel*, 1963), Roger Laporte (“Guetter le jour qui vient”, 1963), Gustave Flaubert (“Un fantastique de bibliothèque”, 1964), Stéphane Mallarmé (“Le Mallarmé de Jean-Pierre Richard”, 1964), Gérard de Nerval (“L’obligation d’écrire”, 1964, y “À la recherche du présent perdu”, 1966), Jules Verne (“L’arrière-fable”, 1966), el

¹ Una antología de fragmentos extraídos de documentos clínicos y legales franceses que iría acompañada de pequeñas presentaciones y del prólogo que Foucault sí llegó a escribir y publicar en vida bajo la forma de artículo en la revista *Les Cahiers du chemin*.

marqués de Sade (1970), y aquellos estudios de tenor más teórico dedicados a la obra de Maurice Blanchot o Georges Bataille, o a las vinculaciones entre lenguaje, literatura y locura, pertenecen en su gran mayoría a los años sesenta.² En esta nueva etapa, a la que muchos críticos caracterizan como la del “último Foucault”, su interés se orientó, en cambio, hacia la búsqueda de las huellas que había dejado el sistema de reclusión y punición del Antiguo Régimen; universo que exploró, en compañía de la historiadora Arlette Farge, en el Fondo de la Bastilla de la Biblioteca del Arsenal.

El relevamiento y la lectura de aquellos documentos del siglo XVIII³ les permitió a Farge y a Foucault formular una serie de hipótesis que iban a contramano de prejuicios muy arraigados respecto de las formas que adquiriría la aplicación de “justicia” en las décadas estudiadas. Al mismo tiempo, los acercó a materiales de una naturaleza muy diferente de la de aquellos textos —administrativos, legislativos— con los que, en calidad de historiadores, estaban acostumbrados a trabajar. En el archivo de la Bastilla encontraron fundamentalmente cartas dirigidas al rey y a sus representantes, los lugartenientes de policía, en las que los firmantes solicitaban el encarcelamiento o la internación en un manicomio de parientes, vecinos o conocidos que infringían alguna norma o se alejaban de lo que por entonces era considerado como el “recto camino” (Delon “Notes” 449). Los pedidos eran personales, redactados de puño y letra, y suponían un contacto directo, no burocratizado por el farragoso sistema de justicia, entre los súbditos y la figura del monarca, con el fin de enmendar o prevenir la mala conducta de un semejante. Lo que a ambos investigadores les resultó más sorprendente fue precisamente esa domesticidad, el hecho de que en lugar de referir a asuntos políticos o de estado, una gran parte de las solicitudes remitieran a simples conflictos familiares, de carácter completamente privado: desavenencias entre padres e hijos, problemas de pareja, descarrilamiento de los jóvenes, mal comportamiento de los niños. Les pareció curioso, además, que en la mayoría de los casos esas peticiones provinieran de los sectores populares, siendo los autores de las cartas pequeños comerciantes, artesanos, campesinos, amas de casa.

En el prólogo que ambos escribieron para *Le désordre des familles. Létres de cachet des Archives de la Bastille au XVIIIe siècle*, se detienen en al-

² Para información más detallada véase Foucault: *La gran extranjera. Para pensar la literatura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

³ El sondeo abarca las tres décadas que van de 1728 a 1758.

gunos de los rasgos formales de las cartas. Señalan que la redacción es más bien rudimentaria y que, a pesar de respetar algunas normas protocolares, como los encabezados o las saluciones formales, las misivas están pobladas de marcas que indican, por un lado, la pertenencia socioeconómica de sus enunciadores y, por otro, la estrecha relación de ese registro escrito con la oralidad, con la lengua viva de su tiempo. Analizando con escrupulosidad los archivos, descubren también una gran cantidad de textos anexos que complementan y fundamentan los pedidos de encierro: testimonios de algún miembro de la familia o del entorno más próximo; averiguaciones realizadas por los comisarios de policía; las decisiones tomadas por el rey; las solicitudes de liberación redactadas por aquellos que habían sido víctimas de esos internamientos, e incluso por los mismos que los habían solicitado. Se configura así una constelación dramática de voces y registros diversos en la que se cuenta fragmentariamente la historia de existencias que, en palabras del propio Foucault, fueron apagadas “(del mismo modo que se ahoga un grito, se apaga un fuego o se acaba con un animal)” (Foucault “Las vidas” 122). A lo que enseguida añade una pregunta que guía, a través de la niebla de la fascinación, su férrea voluntad de saber: “intenté buscar la razón por la que se quiso impedir con tanto celo que las pobres mentes vagasen por rutas sin nombre”.

Foucault se hace, en primer término, una pregunta que coincide con sus intereses de esos años: ¿por qué esas singularidades resultaron intolerables para el poder vigente? Pero, como veremos enseguida, esta deriva en otras que tienen un tono y unas consecuencias interpretativas bien diferentes, y que se podrían formular más o menos así: ¿qué es lo que pervive de ellas en esos papeles?, ¿por qué, gracias a unos trazos rudimentarios, a unas frases toscas y dificultosamente protocolares, esas vidas infames no pudieron ser completamente silenciadas, “apagadas”?, y ¿cómo se conectan esos fulgores de vida con la sensibilidad presente del lector? El prólogo al libro proyectado sobre las vidas infames comienza justamente con el relato de la impresión que le produjo la misteriosa persistencia de rasgos muy singulares en el lenguaje, el descubrimiento de unos destellos de vida allí donde esperaba encontrar la huella fosilizada de la institución.

Estamos más bien ante una antología de vidas. Existencias contadas en pocas líneas o en pocas páginas, desgracias y aventuras infinitas recogidas en un puñado de palabras. Vidas breves, encontradas al azar en libros y documentos. *Exempla* que, en contraposición a los que los eruditos recogían en el decurso de sus lecturas, son espejos que inclinan menos a

servir de lecciones de meditación que a producir efectos breves cuya fuerza se acaba casi al instante. El término de “avisos” podría servir muy bien para designarlos en razón de la doble referencia que ese término encierra: brevedad en la narración y realidad de los sucesos consignados; y es que es tal la concentración de cosas dichas contenidas en estos textos que no se sabe si la intensidad que los atraviesa se debe más al carácter centelleante de las palabras o a la violencia de los hechos que bullen en ellos. (Foucault “La vida” 121)

Leyendo este fragmento, no parece casual que pocos años más tarde Foucault colocara la noción de subjetividad en el centro de su campo de reflexión, y que incluso subrayara la relevancia que ésta tuvo a lo largo de toda su trayectoria intelectual. Inmerso ya en el ambicioso proyecto de escribir una historia de la sexualidad, observará que el objeto de su trabajo de los últimos veinte años “no ha sido el de analizar los fenómenos de poder, ni el de sentar las bases de un tal análisis”, sino más bien el de “producir una historia de los diferentes modos de subjetivación del ser humano en nuestra cultura” (Foucault “Le sujet” 297). Bajo esa óptica, se desplegaron en sus trabajos los tres modos de objetivación que transforman a los seres humanos en sujetos: el *epistemológico* —es decir, aquel que convierte al ser humano en objeto de saber—, el *normativo-político* —que corresponde a la asignación de una subjetividad en virtud de prácticas coercitivas o relaciones de poder—, y el *ético* —la transformación del ser humano en sujeto en virtud de la relación que establece consigo mismo a través de una serie de prácticas llamadas “técnicas de sí”—. Este último modo, sobre el que profundizará tanto en el segundo volumen de la *Historia de la sexualidad (L’usage des plaisirs)*, (1984) como en los cursos y conferencias que impartió en el Collège de France desde 1979 y en la Universidad Vermont,⁴ será clave para el último movimiento de su pensamiento: la consideración de la idea de sujeto como “acontecimiento” a partir de la apertura a la emergencia de un “poder de la verdad” diferente de la “verdad del poder” que se derivaba de sus trabajos del período precedente.⁵

Si el libro proyectado sobre las vidas infames no era, entonces, concebido ya como una exploración de formas disciplinarias —como sí sucedía, en

⁴ Los cursos del Collège de France fueron recogidos en los volúmenes *La hermenéutica del sujeto (1981-1982)*; *El gobierno de sí y de los otros (1982-1983)* y *El coraje de la verdad (1983-1984)* y las conferencias de Vermont, en el libro *Technologies of the Self* (1988).

⁵ Sobre este asunto, véase González Blanco, Barroso et al. “Procesos”.

cambio, en *Vigilar y castigar*, publicado apenas dos años antes y enfocado en el estudio y cotejo de lo que llama una “tecnología del poder de castigar” (Foucault *Vigilar* 93)— sino como una “antología de vidas”, esto se debe en gran medida a ese movimiento teórico y crítico, que provoca, a su vez, una transformación en su concepción del archivo. En la entrada “Archivo” del *Diccionario Foucault*, Judith Revel observa los matices que adquiere la noción en el discurso foucaultiano a partir de los años setenta, es decir, después de su experiencia de investigación en el archivo de la Bastilla, del trabajo compartido con historiadores abocados al estudio de la vida cotidiana en los siglos XVIII y XIX, como la propia Farge o Michelle Perrot, y de sus indagaciones en torno de los crímenes de Pierre Rivière, un parricida del siglo XIX —el libro *Yo, Pierre Rivière, habiendo matado a mi madre, mi hermana y mi hermano...* es de 1973—.

En los trabajos de la etapa anterior, denominada comúnmente “arqueológica”, el archivo había sido considerado como el conjunto de los discursos efectivamente pronunciados en una época dada; aquellos que, al perdurar a través de la historia, hacen posible la reconstrucción de las reglas que determinan en una cultura la aparición y desaparición de los enunciados, es decir, sus condiciones de posibilidad (Revel *Diccionario* 27). A partir los setenta, e incluso antes de considerar a la subjetividad como objeto prioritario de estudio, Foucault comienza a observar cada vez con mayor atención y sensibilidad la dimensión subjetiva de su propio trabajo. En las primeras líneas de “La vida de los hombres infames” advierte, por ejemplo, que no se tratará de un libro de historia, y que es inútil buscar en la selección de textos otra norma que no sea su propia inclinación. En sus palabras: “mi propio goce, mi placer, una emoción, la risa, la sorpresa, un particular escalofrío, o algún otro sentimiento que resulta ahora difícil de calibrar puesto que ya ha pasado el momento en el que descubrí estos textos” (“La vida” 121). En la percepción de las transformaciones que sufre su relación con el archivo, cobran un lugar central la materialidad de los documentos exhumados y los efectos que estos producen en el cuerpo del exhumador:

Me costaría trabajo expresar con exactitud lo que sentí cuando leí estos fragmentos y muchos otros semejantes. Se trata sin duda de una de esas impresiones de las que se dice que son “físicas”, como si pudiesen existir sensaciones de otro tipo. Y confieso que estos “avisos” que resucitaban de repente, tras dos siglos y medio de silencio, han conmovido en mi interior más fibras que lo que comúnmente se conoce como literatura, sin que pueda

aún hoy afirmar si me emocionó más la belleza de ese estilo clásico bordado en pocas frases en torno de personajes sin duda miserables, o los excesos, la mezcla de sombría obstinación y la perversidad de esas vidas en las que se siente, bajo palabras lisas como cantos rodados, la derrota y el encarnizamiento.

Puede entenderse, así, por qué en lo sucesivo el contacto con el archivo cobrará valores y sentidos que lo aproximarán nuevamente a la experiencia literaria, aunque esta vez bajo una luz diferente. ¿Cuál es esta perspectiva? Se podría decir que, además del reconocimiento de la importancia de su propio papel como experimentador del pasado exhumado, su nuevo punto de vista se lee en dos gestos críticos: en primer lugar, Foucault reconocerá en los documentos analizados la pervivencia de huellas de existencia que trascienden el plano discursivo. En esos textos de la Bastilla —dice— laten vidas pasadas, y ese latir produce efectos de lectura que calificará como “literarios” en virtud de su capacidad para afectar el campo de la subjetividad: “Vidas singulares convertidas, por oscuros azares, en extraños poemas” (“La vida” 121). Hay, al igual que en las reflexiones del último Barthes, una consideración de la “escritura de vida”, de la vida escrita, como acontecimiento que es coetáneo de “la división, la fragmentación, incluso la pulverización del sujeto” (Barthes *La preparación* 279). Esa desintegración afecta a la vida que es objeto de la representación, a aquella imaginada como origen de la obra —en este caso, la de los ignotos “autores” de las *lettres de cachet* que integran el archivo—, y también a la de quien puede dar testimonio de esas presencias: el lector de vidas. No el investigador ávido de datos que dibujen un sistema coherente, ni el historiador de la vida cotidiana, deseoso de reconstruir un universo perdido, sino el lector desprevenido que se aproxima a esas vidas del modo más desviado, más indirecto posible y que, justamente por eso, encuentra algo que no buscaba. Dice Barthes: “Escritura de Vida = cuanto más se fragmentan la escritura y la vida (no buscan unificarse abusivamente), más homogéneo es cada fragmento [...]” (*La preparación* 279). El efecto de vida, la posibilidad de oír los latidos de una existencia, tiene lugar precisamente en el acto de dispersión que produce la escritura, y que el archivo, con su carácter fragmentario, azaroso e incompleto, resguarda y potencia de modo insospechado.

La no-correspondencia entre el deseo de relato de vida y la escritura deslavazada de unos papeles personales en los que refulgen *unas* vidas, produce en Foucault, entonces, un segundo movimiento crítico sorprendente: la re-

consideración de lo literario desgajado de la idea de literatura como corpus autónomo. Él mismo reflexiona en “Las vidas de los hombres infames” sobre ese proceso de desprendimiento que tiene lugar en la historia institucional del discurso literario y que se produciría, según su hipótesis, en el mismo momento en que la literatura comienza a abandonar sus funciones ceremoniales, su voluntad de “manifestar de forma sensible el fulgor demasiado visible de la fuerza, de la gracia, del heroísmo, del poder” (Foucault “La vida” 137) para convertirse en la institución moderna que —aunque en pleno declive— conocemos hoy. Hacia el final del prólogo, Foucault despliega con excepcional agudeza el descubrimiento de la simultaneidad existente entre el proceso de institucionalización literaria del siglo XVII, que caracteriza como la creación de una “ética inmanente del discurso literario de Occidente” (137), y la puesta en funcionamiento de “un dispositivo para obligar a decir lo ‘ínfimo’, lo que no se dice, lo que no merece ninguna gloria, y por tanto lo ‘infame’” (136). Cuando la vida pequeña permea, tal como Foucault lo experimenta en su trabajo de archivo, los registros de la institución carcelaria de la monarquía, en ese mismo momento ingresa en el territorio de la literatura, que desde entonces ya no tendrá que contar la Vida con mayúsculas sino “la parte más nocturna y cotidiana de la existencia”; “lo que es más difícil de captar, lo más oculto, lo que cuesta más trabajo decir y mostrar, en último término lo más prohibido y lo más escandaloso” (137). Con ese hallazgo, Foucault transita, de modo casi imperceptible, el camino que conduce de la literatura a lo literario:

Una especie de exhortación, destinada a hacer salir la parte más nocturna y la más cotidiana de la existencia, va a trazar —aunque se descubran así en ocasiones las figuras solemnes del destino— la línea de evolución de la literatura desde el siglo XVII, desde que ésta comenzó a ser literatura en el sentido moderno del término. Más que una forma específica, más que una relación esencial a la forma, es esta imposición, iba a decir esta moral, lo que la caracteriza y la conduce hasta nosotros en su inmenso movimiento, la obligación de decir *los más comunes secretos*. La literatura no absorbe sólo para sí esta gran política, esta gran ética discursiva: ni tampoco se reduce a ella enteramente, pero encuentra en ella su lugar y sus condiciones de existencia” (137, el subrayado es mío).

La literatura sería una de las esferas en las que lo literario —esa capacidad del lenguaje de contar *una* vida— puede tener lugar. El párrafo final del texto que Foucault escribió para prologar su trunca antología de vidas infames está

dedicado a una reflexión sobre la doble relación que el lenguaje tiene con la verdad y con el poder. Retoma, de ese modo, sus preocupaciones precedentes bajo la nueva luz del pensamiento político de la vida, y lo hace a partir de una pregunta acerca de la modalidad en que la escritura produce un efecto de verdad vital; en el caso de los archivos estudiados, en la inscripción de lo cotidiano, del gesto casi imperceptible, en el orden discurso. *Las lettres de cachet* no son para Foucault “ni casi-literatura, ni subliteratura, ni tan siquiera [...] el esbozo de un género”, sino el “fruto del desorden, el ruido, la pena, el trabajo del poder sobre las vidas y el discurso que verbaliza todo esto” (138). Una suerte de unidades mínimas de vida que la literatura puede, a través de la técnica, convertir en novelas. En la última oración del texto, para ilustrar la idea, Foucault apunta que *Manon Lescaut*, una novela escandalosa del abate Prévost publicada a mediados del siglo XVIII, narra historias parecidas a las que se leen en los archivos del Fondo de la Bastilla.

La relación que la literatura moderna establece con esas unidades vitales produce efectos de verdad que la inscriben en un régimen diferente del que ordenaba a las historias fantásticas premodernas, ancladas a la disyuntiva entre verdad y no verdad. Foucault concluye:

La ficción ha reemplazado desde entonces a lo fabuloso; la novela se liberó de lo fantástico y no se desarrollará más que liberándose totalmente de sus ataduras. La literatura forma parte, por tanto, de este gran sistema de coacción que en Occidente ha obligado a lo cotidiano a pasar al orden del discurso. (137)

La literatura es caracterizada, así, como ese modo específico e intensivo que tiene el lenguaje de entrar en relación con lo cotidiano, e incluso de buscarlo “más allá de sí mismo”, es decir, de traspasar los límites de lo representable: “descubrir de forma brutal o insidiosa los secretos”, “desplazar las reglas y los códigos”, “hacer decir lo inconfesable”(137). Por eso, afirma Foucault, ella encarna mejor que ningún otro lenguaje el discurso de la infamia, en el que se filtran restos de vidas ínfimas, olvidadas, silenciadas.

Para terminar: es ya casi un lugar común decir que, como consecuencia del mayo francés, Foucault, al igual que otros intelectuales de su generación, abandonó los objetos artísticos para internarse en el terreno de la política — en su caso particular, en el de la biopolítica —, pero quizás no ha sido suficientemente observada la riqueza y complejidad de ese tránsito. Si bien es cierto que la literatura deja de ser el objeto primordial de sus trabajos, también lo es

que aparece en escena, como “La vida de los hombres infames” lo demuestra, una dimensión nueva, vital, transformadora —y en este sentido, literaria—, del lenguaje. Y que ésta, a su vez, unida a la reflexión sobre las dos vertientes de la biopolítica —la analítica del poder sobre la vida y una concepción de la vida como resistencia y fuerza creadora— abrirá poco después la puerta a sus teorizaciones sobre los procesos de subjetivación como modalidad específica de constitución de la identidad humana.

Judith Revel tiene una conjetura muy productiva acerca de un hipotético origen literario de la biopolítica; para ella, el interés de Foucault por la literatura y, muy tempranamente, en los años cuarenta, por la teoría saussureana del habla como límite, como objeto imposible del análisis lingüístico, anticipa mucho de lo que iba a permitir la “respuesta biopolítica” a los biopoderes —aquello que Roberto Esposito, en una lectura que integra los desarrollos del último Foucault, caracterizará como “biopolítica afirmativa”—. “Lo que fascina diez años más tarde a Foucault en la idea de la biopolítica es que a un *poder* sobre la vida puede responder una *potencia* de la vida: otra manera de decir que no terminamos de crearla, y que si el hombre es una figura sobre la arena destinada a borrarse progresivamente, esta producción de ser está aquí para hacernos descubrir otras riberas” (Revel “La naissance”, la traducción es mía). Esta deriva del pensamiento foucaultiano tiene una importancia crucial para la historia de la teoría literaria de las últimas décadas, y se entronca tanto, como decíamos, con las reflexiones del último Barthes sobre la noción de “escritura de vida” —los seminarios que dieron lugar al volumen *La preparación de la novela* fueron dictados entre 1979 y 1980— como con los desarrollos demanianos en torno a la retoricidad del lenguaje (*Alegorías de la lectura* es de 1979 y el célebre artículo “La resistencia a la teoría”, de 1982). En Foucault, el descubrimiento de “las vidas infames” en los archivos del Antiguo Régimen será catalizado teóricamente como la interiorización de aquello que en los sesenta identificaba como un “afuera” del lenguaje. “Los más comunes secretos” serán las formas epifánicas que asume la vida cuando, en lugar de someterse al orden del discurso, deja su marca —apócrifa— en el orillo del lenguaje.

Bibliografía

- Barthes, Roland. *La preparación de la novela. Notas de cursos y seminarios en el Collège de France, 1978-1979 y 1979-1980*. México: Siglo XXI, 2005.
- Deleuze, Gilles. *Foucault*. Barcelona: Paidós, 1987.
- Delon, Michel. “*Le Désordre des familles. Lettres de cachet des Archives de la Bastille*. Présenté par Arlette Farge et Michel Foucault, («Collection Archives », 91)”. En *Perseé* 16 (1984): 449.
- Farge, Arlette y Michel Foucault. “Présentation”. En *Le désordre des familles. Lettres de cachet des Archives de la Bastille au XVIIIe siècle*. París: Gallimard, 1982.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI, 1995.
- .. *La gran extranjera. Para pensar la literatura*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2015.
- .. “La vida de los hombres infames”. *La vida de los hombres infames*. Buenos Aires: Altamira, 1996.
- .. “Le sujet et le pouvoir”. En Dreyfus, Hubert y Paul Rabinov (eds.). *Michel Foucault, un parcours philosophique: au-delà de l’objectivité et de la subjectivité*. París: Gallimard, 1982.
- .. *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI, 1998.
- Garcés, Marina. “La vida como concepto político: una lectura de Foucault y Deleuze”. *Athena Digital* 7 (2005): 87—104.
- González Blanco, Azucena; Oscar Barroso et al. Proyecto de investigación “Procesos de subjetivación: Biopolítica y política de la literatura. La herencia del último Foucault”. Granada: Universidad de Granada, 2015.
- Revel, Judith. *Diccionario Foucault*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2009.
- . “La naissance littéraire de la biopolitique”. Web.
<<http://seminaire.samizdat.net/La-naissance-litteraire-de-la.html>>